

Este libro ha pasado la más dura de las pruebas, la del tiempo. Hay obras que tienen su cuarto de hora de fama por razones incidentales, ya sea porque se ocupan de temas que inquietan momentáneamente a la sociedad (como la ya amplia producción presente referida a Chiapas, o a las autonomías indígenas) o hasta cuestiones más incidentales, que tienen que ver con la capacidad del autor o de la editorial para promover adecuadamente lo publicado. Estas condiciones tienden a desvanecerse y perder su importancia con el paso de las décadas; lo que queda al final, lo que se decanta, es la calidad, el peso específico de la obra, que lleva a sucesivas generaciones de historiadores a consultarla y leerla con provecho y placer. Desde la primera edición de esta investigación han pasado 35 años. No resulta ocioso preguntarse cuáles de los libros de reciente aparición en librerías seguirá siendo leído en el año 2034.

En su momento, *La nobleza indígena...* fue una obra casi aislada en el panorama historiográfico. Predominaban entonces los estudios sobre encomenderos, evangelizadores y hacendados; los indígenas aparecían en todo caso en el trasfondo, como el objeto sobre el cual recaía los proyectos y conductas de otros actores sociales. En contraste, la obra colocó a los indígenas en primer plano, como protagonistas por derecho propio de la construcción de la sociedad colonial. Mostró, asimismo, que las reacciones indígenas frente a la conquista fueron tan variadas como sus diferentes etnias y grupos de interés: no es su falta si un terco esencialismo al estilo lascasiano ha continuado refiriéndose a ellos como un todo homogéneo, siempre idéntico a sí mismo.

Hay buenas razones para el continuado interés en esta obra. El libro no es, por otro lado, de tema exclusivamente michoacano; por el contrario, contiene frecuentes alusiones a situaciones paralelas existentes en Oaxaca o el Valle de México, sustentadas tanto en una



exhaustiva revisión de la documentación entonces disponible como en la revisión crítica de la bibliografía de aquellos tiempos. Por otro lado, la autora realizó una meticulosa y pacientísima reconstrucción de las enredadas genealogías de los nobles indígenas. Solamente quien se ha adentrado en la maraña de documentos ambiguos, grafías variables y lagunas de información conoce el valor de este esfuerzo; el "catálogo diccionario" que aparece al final del texto es en verdad una guía de viajeros. Por otro lado, la analogía es particularmente pertinente, porque aunque la construcción del argumento es en este libro básicamente expositiva, siguiendo a la nobleza cronológicamente, generación tras generación, no se limita a un simple listado de apellidos. Por el contrario, la discusión de los motivos de la evolución y decadencia de la nobleza indígena toca, así sea brevemente, temas que aún siguen siendo objeto de la discusión contemporánea. El caminante por el pasado indígena michoacano recorre frecuentes senderos unas veces amplios y bien transitados, otras apenas reconocibles, pero que fueron abiertos hace décadas por López Sarrelangue.

Por otro lado, varias hipótesis planteadas por la autora son de aceptación tan general que en ocasiones se olvida que en su momento fueron una novedad. En cierto modo, dejaron de ser sus conclusiones particulares para pasar a integrarse al saber común, a lo que ya por probado no se discute. Esto se refiere especialmente a las causas de la precipitada decadencia de la nobleza indígena: las quejas de los misioneros y funcionarios sobre la "tiranía" de los caciques, la desconfianza de la Corona hacia la existencia de un grupo con privilegios hereditarios, la adopción nobiliaria de un modelo de vida "hidalgo", más orientado al consumo que a la producción, la misma caída demográfica indígena, que debilitaba su papel y su influencia como intermediarios indispensables, en fin, la tendencia al mestizaje y la hispanización, que alejaba a este grupo del entorno social que daba sentido a su existencia. La discusión posterior giró en torno a estos argumentos, corrigiendo aquí y agregando allá; pero el núcleo básico sigue siendo válido.

Hay, como era inevitable, aspectos donde el libro muestra el tiempo transcurrido. Una de las cuestiones más notables tiene que ver

con las fuentes: hace 25 años no existía el CONACyT ni tantas otras instancias que por un lado nos persiguen con sus informes y por otro nos proporcionan apoyos para visitar archivos y bibliotecas en el extranjero, como ocurre con el siempre inagotable Archivo General de Indias. Asimismo, al valioso archivo histórico del ayuntamiento de Pátzcuaro la autora solamente pudo utilizar la selección microfilmada realizada por Jiménez Moreno, y depositada posteriormente en el Museo Nacional de Antropología e Historia. En unos y otros acervos hay material extremadamente variado y útil sobre la composición, sucesión y conflictos de la nobleza indígena, que espera al investigador que se atreva a complementar y corregir el enorme esfuerzo realizado tiempo atrás, con recursos más limitados.

En cuestiones más conceptuales, López Sarrelangue sigue siendo una autora contemporánea y se le sigue citando y discutiendo como si sus conclusiones hubieran aparecido recientemente. Gracias a este libro, conocemos quienes eran "caciques", esto es, un grupo privilegiado dentro del conjunto más amplio de los principales indígenas, incluyendo a los descendientes directos del cazonci, pero también los linajes nobles que en tiempos prehispánicos habían sido los "ayos" o consejeros del cazonci, los miembros de su corte, y los señores de comunidades sujetas. Conocemos también qué privilegios y obligaciones tenían, cuáles eran las formas de herencia e incluso los procesos por los cuales fueron perdiendo poco a poco su inicial importancia. Sin embargo, hay aspectos que aún nos resultan oscuros y discutibles. Estos aspectos tienen que ver con el cacicazgo como forma de organización política, esto es, como un medio de agrupar, ordenar y controlar a la población.

López Sarrelangue ubica caciques en poblaciones que eran "cabeceras", como Acámbaro, Chilchota y Maravatío; pero asimismo los encuentra en lugares tan secundarios que su misma ubicación resulta hoy día dudosa, como Acaeno (un sujeto de Tarímbaro), Chupinguapareo (una estancia de Turicato) o Guaracha (un sujeto de Jacona, que con el tiempo daría nombre a una gran hacienda). La lista es curiosa; los cacicazgos tienden a coincidir con las cabeceras,

pero no siempre. Tal parecería que la distribución de cacicazgos parece tener una lógica histórica, más que funcional. Puede, también, que los españoles no comprendieran plenamente el sentido de la institución, e introdujeran una confusión que nos crea dificultades de interpretación.

Asimismo, en el siglo XVI la atribución del cacicazgo parece haber tenido una supervisión gubernamental que se manifestaba en documentos formales y un elaborado ritual de posesión. En épocas posteriores, hay caciques de Pátzcuaro, pero también de cada uno de sus barrios; en otras cabeceras, como Cherán, había tres linajes a fines de la colonia que declaraban ser de caciques. Esto tiene que ver sin duda con la pérdida de los derechos gubernativos y el deterioro económico de los caciques, pero la transición, el deslizamiento semántico que se oculta detrás de la permanencia de la misma voz, todavía queda por elucidar.

Las nobles, y en particular los descendientes del cazonci, argumentaron que la mayor y mejor parte de las tierras de Michoacán pertenecían a la nobleza y al cazonci, y que el tributo pagado había sido el equivalente de una renta de la tierra. Los pueblos solamente habrían poseído por derecho propio tierras en cerros y malpaíses. En otros términos, la nobleza había sido gran propietaria, y sobre esta propiedad se construían relaciones sociales de subordinación y dependencia con los pueblos y con los llamados "terrazgueros". Es muy clara la insistencia en esta interpretación en las reiteradas historias fundacionales acerca de que fue la nobleza la que por un acuerdo con Vasco de Quiroga bajó a los macehuales de los cerros donde se habían refugiado, dando origen al orden colonial. Esta manera de ver las cosas fue parcialmente aceptada por la Corona, de manera tal que los descendientes del cazonci se convirtieron en los mayores latifundistas del siglo XVI michoacano. Es también, en términos generales, la interpretación que acepta López Sarrelangue.

Sin embargo, es también posible que la vinculación entre comuneros y nobles indígenas fuese en la época prehispánica de naturaleza personal, basada en el parentesco y los vínculos recíprocos de lealtad y protección. Hay ciertos elementos que señalan el carácter personal, inmediato y familiar del Estado michuaque prehispánico.

En la *Relación geográfica de Pátzcuaro*, por ejemplo, hay una lista de pueblos sujetos que incluye varios que no están identificados como tales, como un lugar, un asentamiento, sino por el nombre de un noble o el de su oficio. También es notable la ausencia en Michoacán de un término equivalente al de *altepetl* en náhuatl, tan omnipresente en los documentos y en el imaginario colectivo. En fin, vale la pena señalar que cuando los nobles entablan litigio contra los macehuales, no demandan la tierra en sí, sino el tributo y los servicios personales (aunque éste se reduzca, como llega a ocurrir, en una "Kanakua" o entrega de un presente de flores).

Si esto era así, entonces el tributo dado a los señores no constituía propiamente una renta de la tierra, sino el reconocimiento de una sujeción entre personas. Tanto Margarita Menegus como Bernardo García, en otros contextos, han insistido en esta distinción y en sus consecuencias. En efecto, a mediados del siglo XVI la Corona decidió "macehualizar" a los terrazgueros, incorporándolos a los pueblos y dándoles derecho a recibir tierras de comunidad. En este contexto, la abolición del tributo dado a los nobles indígenas puede haberse interpretado como una desaparición de las relaciones de dependencia. En otras palabras, los antiguos terrazgueros deben haberse considerado poseedores con plenos derechos, sujetos solo a la autoridad del rey. La "rebelión de los macehuales" que López Sarrelangue observa desde el siglo podría ser resultado indirecto e imprevisto de una política fiscal de la Corona. Pero es un tema en el cual hay que navegar con mucho cuidado.

En fin, cabe congratularse por la reedición de este clásico, y es de esperarse que reciba el mejor de los homenajes que pueda recibir: que los historiadores actuales continúen la labor de la autora desde el punto en que la dejó, y que retomen y discutan sus hipótesis y conclusiones.

Felipe Castro Gutiérrez

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH